



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
DICIEMBRE DE 2013 **Número 143** **Donativo \$7.00 M.N.**



“El Peor Pecado”

Anuestros queridos lectores presentamos la narración de esta impresionante historia verídica, publicada en 1964 por el R. Padre Ernesto Larsen, biógrafo y autor de la misma. Ver a Dios vivir en la creación, creer que existe, comprender su bondad y que es además el Bien Supremo. . . y odiarlo por esta misma verdad, es satánico, realmente lo más bajo en que un ser humano puede caer.

Transcribimos sus propias palabras:

“Mi pecado no fue de fragilidad o ignorancia. Conocí a Dios y lo odiaba y trataba de destruir cada rastro de Él en el mundo. Aquí comienza mi historia, la de un terrible corazón que obraba la maldad nada más porque sí. Soy mexicano, pero eso no tiene importancia. Hay hombres como yo en cada nación del mundo, hombres como yo que fueron a las escuelas de nuestra organización secreta, para estudiar la filosofía y teología. Estudiamos hasta que nuestra sabiduría igualaba a la de los sacerdotes católicos. Pero nuestro propósito no fue amar por medio del entendimiento, sino de destruir por medio de la sabiduría. Créanme ustedes que conocen poco de nosotros, nuestra organización es cabal y los productos de estas enseñanzas son hombres bien instruidos en la religión del

mal. Nuestro único fin era robar de los hombres la sabiduría más necesaria, y eso es: lo que los hace amar a Dios.

“Mi parte fue grande en la Revolución Mexicana de 1920. Los católicos del mundo maldecían al Jefe de este nuevo gobierno que hacía carnicería de la Iglesia en México: Plutarco Elías Calles. La maldición fue mal dirigida, pues nosotros éramos la fuerza detrás de él. Nuestra organización hacía que la gente se rebelara. Prendimos la antorcha de odio y la sostuvimos prendida. ¿Por qué? ¿Por qué favorecíamos a este hombre Calles? ¿Por qué queríamos su forma de gobierno? ¡No! Una sola cosa nos movía y esto era: ¡guerra, dolor y sufrimiento!



“La gente de México, en su mayoría, era ignorante. Regularmente un grupo de nosotros, teólogos amaestrados, nos infiltrábamos en sus pueblos para destruir su fe. Sus pobres mentes no tenían comparación con las enseñanzas de Santo Tomás que nosotros conocíamos perfectamente, y pervertíamos ante ellos. ¡Qué fácil fue convencerlos de que era estupidez pensar que una mujer llamada María era realmente la Madre de Dios, ¡y menos una virgen! Dondequiera que íbamos, María era burlada, y si no podíamos engañar a la gente, los matábamos. Parece tan increíble que no se puede imaginar. Pero desde los torcidos años negros de mi vida pasada. . . ¡juro que es cierto!

“Muchos años después, cuando por fin hice la paz con Dios, para la integridad de la confesión, el sacerdote estaba obligado a preguntarme cuánta gente había matado. Acordándome de los pueblitos abandonados, los montones de cuerpos destrozados, los lamentos de las viudas y los huérfanos. . . me dio vergüenza, y tuve que contestar: ‘Padre, ¿no puede saber usted cuántos hombres puede matar uno con una ametralladora?’

“Nuestro celo en esta enfermedad nos empujaba adelante. Los niños en aquel tiempo rara vez gozaban de un dulce. Por eso nos era fácil convencerlos de que nos vendieran la Hostia después de comulgar. ¡Era el precio de un dulce!

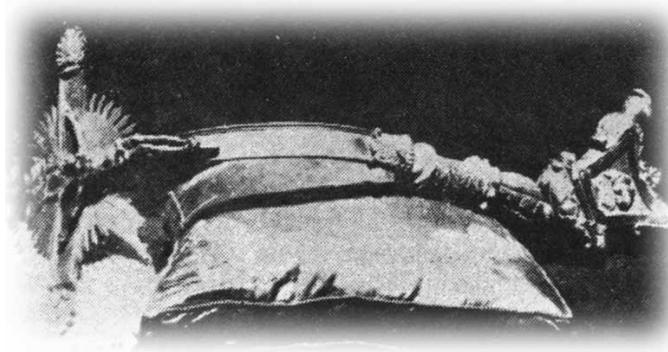
“El número de misas negras que atendí era innumerable. Hay una maldad en este mundo que la gente no puede imaginar. La persona que nunca ha oído el canto malvado ni mirado los ojos de quienes están tan cerca de Satanás, no puede entender lo que es ver a Dios, creer en Él, y odiarlo por ser Dios.

“Después de destruir la Hostia atacamos a los elegidos de Dios. Innumerables fueron los sacerdotes y las monjas que destrozamos. Un parche de la sotana de un sacerdote o unas cuentas del rosario de una monja eran los distintivos que nos hacía miembros de esta hermandad malvada. No odiábamos a las personas por quienes eran, sino por lo que eran; viviendo una vida dedicada a Dios, nuestro enemigo.

“Parecía que no había fin a la oscuridad de mi vida. Yo era un hombre puesto contra sí mismo, un arroyo matándose para ir siempre hacia atrás. ¡Hasta. . . Guadalupe!

EL MILAGRO

“Es conocimiento común que durante la revolución unos fanáticos pusieron dinamita ante el vidrio que encerraba la tilma de Juan Diego, en la Ciudad de México. Impreso en la tilma está el retrato de Nuestra Señora de Guadalupe. La dinamita estalló, torciendo y volviendo un nudo una cruz de metal que se hallaba delante de la Santa Imagen. Pero el vidrio no se reventó. La explosión no causó más efecto al cua-



complacer a mi madre y después quise olvidarla. No podía; por alguna extraña razón la oración estaba pegada en mi mente. En cada momento del día me en-

dro milagroso que lo que una brisa hubiera causado. ¡Yo lo sé! ¡Yo estuve allí!

“Esto causó el cambio de toda la revolución. Era la Virgen Pura, volviéndose a nosotros. Pero no sólo Ella. En algunos lugares, unas madres de familia que no podían entender esta vida satánica que nosotros llevábamos, enseñaban a sus hijos a pedir por los pecadores. Les decían de la Comunión de los Santos, en la cual se contiene no sólo el gozo y amor de los que están cerca de Dios, sino también el dolor y compasión por los que no lo están. Porque si hay una Comunión de los Santos para esta gente buena, hay una comunión de pecadores por los hombres como yo.

“Empecé a entrar en la iglesia. No frecuentemente y ni para rezar; era porque sentía un dolor en mi ser vacío que me empujaba allí. En este tiempo mi propia madre, quien había rezado por mí en este invierno oscuro, me enseñó esta oración: *Dulce Madre, no te alejes, tu vista de mí no apartes, ven conmigo a todas partes y solo nunca me dejes.* La recé varias veces para

contraba rezándola cuando no me ocupaba en otra cosa. Resultó una guerra desesperada y la cual no podía soportar, pues yo luchaba por la causa del mal.

“Antes de entrar en la batalla contra Dios, me hallaba rezando esta oración.

“Yo estaba volviéndome loco. Andaba por las calles con la sangre de los hombres en mis manos y el sabor de la hostia negra en mi boca, rezando a la Virgen que había negado. Yo lloraba y corría. . . y huía. Y siempre la oración se repetía en mi mente: . . . *y solo nunca me dejes.*

“Como última esperanza, viajé a los Estados Unidos donde nuestra organización tiene uno de sus más grandes santuarios. En este templo, donde solamente los oficiales más grandes de la hermandad pueden entrar, hay una serpiente de piedra; esta serpiente es adorada como dios.

“No piense el lector que tal barbaridad y primitiva práctica idólatra no puede existir en la América Cristiana, ¡yo lo he visto! Y no sólo esto, sino que he oído a la ser-

piente hablar con voz humana dando direcciones para la destrucción del amor de Dios en el mundo, ¡Satanás mismo! ¿Por qué no puede existir esto? Los Santos que llevan una vida extraordinaria por amor de Dios, se comunican con Él como los hombres ordinarios no pueden hacerlo. ¿Por qué los hombres que se dedican al culto del demonio no pueden comunicarse con él como las personas ordinarias no lo pueden imaginar?

“En mi regreso para los Estados Unidos, forzado por algo que no sé explicar, puse estas palabras a la música de una canción popular mexicana: La Borrachita: *Madrecita, voy a irme de tu Santuario. Te quiero tiernamente. Yo sé que me quieres también. Madrecita me voy. .no Te olvidaré. En el fondo de mi corazón Te amaré siempre.*

“Hombres en China o Rusia o Polonia, creo que estaban rezando mucho por mí. Alguien estaba rezando, pues yo cambia-

ba, tenía que cambiar. Mi mente y alma no podían soportar la pena, no podían profanar lo que amaban. Salí de México.

“Si mis antiguos maestros me encontraran, me matarían. Todavía viven, están en algún lugar.

Torcidos, hombres mudos, porque no son ellos mismos más que dolor y odio, no pueden trabajar ni desear nada bueno para el mundo. Estos son los hombres que necesitan amadores de veras, grandes amadores. Necesitan encontrar a la Santísima Virgen, así como yo la encontré, por medio del amor y oraciones de alguna persona pidiendo por la comunión de los pecadores.

“Yo duraré el resto de mi vida reparando el mal que he hecho, haciendo desagravio. Pasaré los días que me quedan rogando a Dios que recompense a los que me volvieron a la vida de la gracia. Así sea.”



EL POR QUÉ DE LA NAVIDAD



¿De qué sirven los festejos y los bailes y demás
So pretexto de que así celebras bien la Navidad?
Si no piensas ante todo que los Santos Peregrinos
Nueve días viajaron por los bosques y caminos.

¿Para qué sales de viaje a gastar lo que no tienes
En hoteles y comidas, para nada te detienes?
Si no ves cómo cansados nuestros Santos Peregrinos
No encontraron hospedaje al llegar a su destino.

¿Para qué pones el árbol con estrellas y esferas
Y debajo de sus ramas, los regalos tú esperas?
Si no sabes que la Virgen muchas lágrimas lloró
Cuando nadie en Belén un rinconcito les prestó.

¿De qué sirven los faroles y las series de luces
Y piñatas bien repletas de galletas y de dulces?

Si no ves cómo de noche los esposos celestiales
Se abrigaron en un establo entre pobres animales.

¿Para qué tantas guirnaldas que adornan nuestras calles
Que de noche se iluminan con figuras y detalles?
Si en una noche helada vino al mundo el Redentor
Sin que nadie lo supiera ni estimara su valor.

Cuando llega el Adviento sólo en fiestas no lo pases
Es el tiempo más propicio en que el amor se manifiesta.
Las posadas que no sean sólo en bailes y con vinos
Sino recordando siempre el amor de Dios tan fino.

Navidad no es el tiempo de salir de vacaciones
Ni de darse mutuamente regalitos a montones,
Navidad es recogerte muy juntito al Niño Dios
Y saber a tu hermano perdonar de corazón.

Navidad, para nosotros, siempre debe ser
Cuando preferimos dar mil veces más que recibir,
Y estar junto al pesebre en oración serena
Recordando aquella noche, la primera Nochebuena.



*¡Sea para gloria
de Dios!*

Felicitacio



en Navideña

¡Gloria a Dios en las Alturas!

Las Mínimas Franciscanas del Perpetuo Socorro de María deseamos para todos nuestros amigos, lectores y bienhechores una Santa Navidad y que abran sus corazones con gran amor para recibir al Divino Verbo Encarnado.

La Navidad es un misterio insondable del amor de Dios. No somos capaces de comprender lo que sucedió dentro de aquel pobre establo de Belén. Pero por medio del amor comprendemos el secreto de este Divino Niño y su grande deseo de venir al mundo a sufrir por nuestra salvación.

De rodillas ante el pesebre, junto con los reyes y pastores, ofrezcamos al Niño nuestros mejores regalos: una acción de gracias por sus beneficios, resignación a su santísima voluntad y un gran deseo de amarlo cada vez más, especialmente por los que no lo aman ni lo adoran.

Nuestro obsequio para todos ustedes será la Santa Misa y comunión la Nochebuena, ofrecida por sus intenciones.

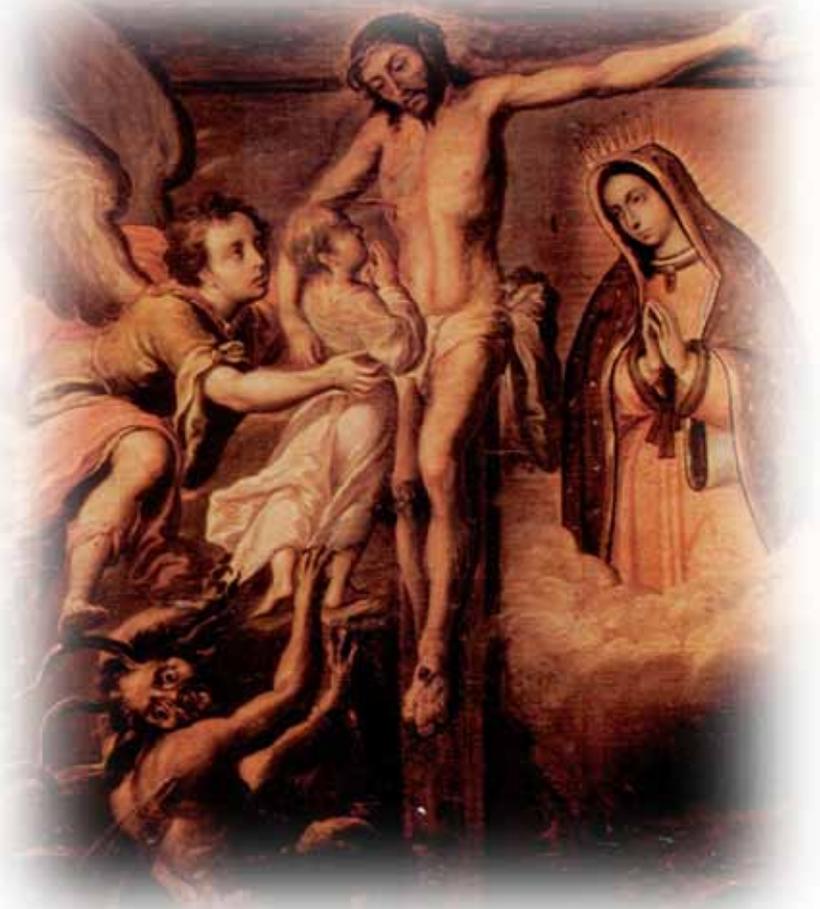
*¡Sea para gloria de
Dios!*



En México no hay Huérfanos

“Aquella mañana me sentía la más infeliz del mundo. Mi madre había muerto y yo quería haber muerto con ella, pues ella era todo el objeto de mi existencia. ¿Mi padre? . . . ¡qué sé yo!

Fue un burlador de mujeres que sacó a mi madre de su hogar paterno y luego la abandonó para siempre. Ella, lavando y planchando se ganaba la vida y así me crió honradamente.





“Yo había terminado mis estudios de secretaria y soñaba con tener un suelo para poner a mi madre su casita y su sirvienta, para pagarle sus desvelos y su amor. Pero en aquellos días de mi graduación, ella, ¡pobrecita! había trabajado más de la cuenta para comprarme todo lo que yo necesitaba, y aquel esfuerzo le causó la muerte. Un dolor en la espalda que no hubo con qué curarlo. . . y en unos días mi heroica madre expiró. . .

“Era la mañana del 12 de diciembre. . . Yo estaba sola con ella; vivíamos en la azotea de un edificio, por la miserable renta de prestar mi madre el servicio de lavar las escaleras. Eran como las cinco de la mañana cuando expiró mi madre. Yo la había velado toda la noche a la luz de una veladora. Sus últimas

palabras las recuerdo como una flecha ardiente que me lacera el alma, fueron éstas: ‘Hija, júrame que no serás mala. . . que mis consejos serán tu guía. . . sé firme en tu fe, ama a la Virgen de Guadalupe. Ella se queda en mi lugar contigo’.

“Tendí a llorar, no sabía qué hacer, abrazaba el cadáver y no sabía más. En esos momentos escuché en la Basílica, que estaba cerca, las mañanitas que se cantaban a la Virgen Santísima, y recordé la fecha en que estábamos. Era la fiesta anual de la Santísima Virgen, a la que mi madre me encomendó al expirar.

“Pensé entonces en dejar el cuerpo de mi amada muerta, decentemente amortajada, para ir al atrio de la Basílica a implorar la caridad para la sepultura, pues no tenía a

quién recurrir. El dueño del edificio era duro de corazón, y además, yo tenía 16 años y no estaba fea. . . y él me miraba con malos ojos. . .

“Salí, pues, a buscar la dádiva de mi nueva Madre, según la mía de carne me acababa de decir: ‘Ella se queda en mi lugar contigo’.

“Eran como las once de la mañana y. . . desperté. Yo estaba en una cama muy bonita, en una recámara ricamente amueblada. Al recordar mi dolor, brinqué de la cama, y una señora joven aún, de luto y hermosa, me detuvo diciéndome: ‘¿A dónde va usted señorita?’ ‘¡Mi madre está allá muerta en la

azotea!’ contesté llorando. ‘¡Espere!. . . ¡venga! Dígame ¿quién es usted?’ me preguntó ansiosa. Yo me abracé a ella y le conté toda mi desgracia. Ella fue conmigo, pero no a darme un socorro. . . ¡no!. . . ¿cómo encarecer lo que esa mujer fue para mí desde aquel momento? ¿Cómo dar gracias a la Virgen de Guadalupe?. . . ¿cómo?. . . Aquella mujer fue a recoger el cadáver de mi madre, que fue velado en una rica capilla. Y desde ese día, ella es mi madre y yo su hija, pues me adoptó para llenar el vacío que acababa de dejarle la única hija que tenía y que había muerto hacía poco tiempo. Ella, en la Basílica, fue quien pudo recogerme cuando yo caí desmayada. Por eso digo: ¡No, en México no hay huérfanos!. . . sólo basta acudir al pie del altar de la Virgen de Guadalupe y Ella nos da otra madre, porque es Ella quien providencialmente lo hizo todo en mi orfandad.

“Quiero publicar este prodigio, porque mi nueva mamá se llama además: Lupita. . . como se llamaba mi madre y como me llamo yo.”

*Guadalupe Trejo
Arellano
México, D.F.*

**¡Sea para gloria
de Dios!**



Vestir con Dignidad

Continúa del número anterior del libro escrito por la Sra. Colleen Hammond

Si una mujer no se viste de manera femenina, los hombres muy probablemente la tratarán como “una más”. Si se viste inmodestamente, verán en ella sólo un motivo de pecado y quizá la traten de

manera grosera. Ciertamente no la tratarán con respeto y tal vez con palabras ofensivas.

Puedo suponer que la mayoría de las mujeres preferirían ser tratadas con respeto. ¿No te parece, entonces, que es mejor que te arregles un poco cuando vas a salir de tu casa? ¿Y no es mejor que los hombres vean a las mujeres vestidas de manera femenina?

La educación sobre la modestia debe comenzar desde nuestro nacimiento. Platón escribió que uno de los fines de la educación es enseñar al niño “. . . a odiar lo que se debe odiar y amar lo que se debe amar”.

Comencemos por enseñar a nuestros hijos a comprender, amar y respetar los dones particulares que Dios ha dado a los hombres y mujeres. ¿Cómo? A los niños y a las niñas se les debe enseñar desde su infancia a ser puros y a respetar su cuerpecito como algo sagrado. La importancia de una inocencia y pureza nítidas se les debe inculcar continuamente mientras van creciendo, ¡especialmente por las ideas indecentes que nuestra sociedad fomenta!





Su Santidad Pío XII advirtió a las madres católicas que deben “preservar intacto el instinto natural de la modestia” que Dios ha dado a sus hijos e hijas como una protección contra la impureza. Dijo que las madres deben ayudar a sus hijos a pasar por la adolescencia “como los que caminan entre serpientes,” para que sus hijos atraviesen esta etapa de sus vidas “sin perder el gozo de la inocencia”.

La modestia es instintiva (¿has tratado alguna vez de bañar a un niño que se acerca a la edad de la razón?) y la debemos fomentar, precisamente porque el mundo trata de eliminarla. De esta manera, cuando nuestros jóvenes se enfrentan con la impureza la reconocen por lo que es y huyen de ella.

Dom Lorenzo Scupoli aconseja en su “Combate Espiritual,” que nadie debe tratar de luchar con las tentaciones contra la pureza, sino huir de ellas, porque de otra manera nos vencerán. ¿Se acuerdan del Rey David?

El cumplimiento de tal advertencia no es fácil, especialmente en estos tiempos de videos, programas escandalosos de la televisión, internet, cantos provocativos en el radio, etc. Pero nosotras, madres católicas, ¿acaso no quisiéramos que nuestros hijos preservaran su inocencia? (Tales jóvenes sí los hay. Yo los conozco y estos individuos honorables y virtuosos ¡son nuestra esperanza para el futuro!

El Papa continuó advirtiendo a las madres que no dejen a sus hijos perder el sentido de la modestia por “la indecencia en el ves-

tir”. Esto implica que el niño tiene un instinto por la modestia como parte de su compuesto humano, pero que este instinto lo puede perder si no es respetado.

Nosotros, padres de familia tenemos que hacer un gran esfuerzo para vestir a nuestros hijos modestamente desde que nacen. ¡Ésta es nuestra tarea!

No es realmente difícil encontrar ropa bonita, modesta y femenina para las bebés. Pero cuando llegan a la talla de “niña” es cuando comienzan los riesgos. Pero vale la pena buscar ropa modesta y femenina aún para las niñas chiquitas. Es importante que nuestras niñas aprendan a respetar y tratar a sus cuerpos de manera pura y refinada, desde el principio.

San Benito habla sobre el efecto que nuestros movimientos del cuerpo tienen sobre el alma. Él descubrió que cuando alguien se arrodilla, se inclina y está correctamente sentado en la oración, su alma aprende a ser más reverente también.

Lo mismo es para aprender a ser femenina. Cuanto más lo practicamos, tanto más se graba en nuestra naturaleza. La virtud, después de todo, no es más que un “buen hábito”. Y los hábitos se adquieren a fuerza de repetición de actos.

Todos somos criaturas de hábitos, y debemos escoger: ¿vamos a adquirir hábitos buenos en cuanto al modo de vestirnos y vestir a

nuestras hijas? ¿Vamos a formar hábitos negativos? Cuando se trata de virtud, uno tiene que escoger el bien y rechazar el mal. Es así.

Una postura femenina para mujeres incluye aprender a vestirse, a caminar y sentarse de manera correcta. Tenemos que volver a aprender lo que es la reverencia y el respeto (y enseñarlos a nuestros hijos) porque las dos cosas casi han desaparecido de nuestra generación y de nuestra sociedad en general. Pero tal trabajo no es tan difícil como parece.

Capítulo Segundo

El Retorno a la Reverencia y al Respeto

¿Se pueden acordar de alguna ocasión en que experimentaron una “respuesta reverente” a Dios o a su creación? Una puesta del sol es una bello ejemplo. ¿Nunca han visto alguna que los dejó pasmados de admiración? ¿O han quedado extasiados viendo el océano sin poder quitar la vista de sus magníficas olas? ¿Y qué de la vista de las majestuosas montañas?

¿No es maravilloso admirar algo que merece nuestra admiración y reverencia?

En su inocencia y estado de justicia original, Adán y Eva siempre respondieron con reverencia a la grandeza, belleza y dignidad del ser, ya fuera Dios, o la creación de Dios o entre sí.

Adán y Eva se trataron con un respeto santo y gozaban de mutua compañía con sencillez y pureza. Al mismo tiempo no experimentaban tristeza, temor ni enojo. Una situación perfecta, ¿por cierto!

Pero qué diferentes fuimos después del pecado original. Ahora somos tentados por las cosas del mundo. Las mujeres son tentadas por sus emociones, pero los hombres son diferentes. Ellos son grandemente afectados y tentados ¡por lo que ven!

Dios le dijo al hombre que trabajara la tierra (Gén I, 28), y él normalmente está demasiado ocupado de trabajar “con el sudor de su frente” para quedar enredado con cualquier mujer que le atrae. Pero su mente puede fácilmente desviarse del trabajo a los deseos de la carne. Los hombres luchan continuamente con esta clase de tentaciones que surgen fácilmente a la vista de las mujeres, si ellos no guardan lo que se llama “la guarda de los ojos”.

¿Nunca han pensado qué es lo que hace latir el corazón? ¿Ni por qué se les hace agua la boca cuando se menciona su comida favorita? ¿Ni por qué tiemblan cuando hace frío, o parpadean cuando algún objeto extraño se acerca a sus ojos?

Todas estas actividades involuntarias están controladas por el “sistema nervioso automático”. Van a suceder aunque no lo pien-

sen, aunque las deseen o quieran, ¡y aunque no las quieran!

Si hay un cambio de clima su cuerpo responde automáticamente. Si por accidente tocan una estufa caliente su mano se encoje. Si alguien les asalta en una calle oscura, sus reflejos de “luchar o correr” se ponen en movimiento. Y estas reacciones, ¿las tenían planeadas? ¡No! Sucedieron automáticamente. Estas reacciones no son intelectuales o por “poder de conocimiento,” sino simplemente “reacciones ciegas de estímulo”.

Para nosotras las mujeres las emociones son difíciles de controlar. Los hombres automáticamente reaccionan a los cambios de ambiente que también son difíciles de controlar. Cuando ven a una mujer vestida de manera provocativa, su sistema nervioso se agita. Se turban, no porque quieren, sino porque su cuerpo reacciona así.

Pero así no fue con Adán y Eva antes del pecado original, según Santo Tomás de Aquino. Su amor mutuo no incluía la lujuria. Pero aquella antigua y astuta serpiente comenzó a hablarle a Eva. . . y ésta siguió la conversación. ¿Qué estaba ella pensando? La serpiente, el gran padre de la mentira, la engañó y cayó en el pecado que viene antes de cualquier caída: el orgullo.

(Continuará)